

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 2 DE MAYO DE 1901

NÚM. 545

ARTISTAS DE ZARZUELA

(TEATRO TÍVOLI)



FILOMENA GARCÍA



## CHARLA

TODO continúa tranquilo y sosegado en este especialísimo país, á pesar de las rachas socialistas que soplan de vez en cuando.

Más vale así.

Hoy se contentan los más exaltados con desahogar su espíritu en los cafés dándole puñetazos al mármol, mientras exponen sus ideas, ó pronunciando discursos en teatros y plazas de toros.

Nuestros padres eran más tontos, levantando barricadas y derramando su sangre en defensa del ideal que perseguían.

Pasaron aquellos tiempos de revueltas y patrióticas exaltaciones, y hemos entrado en otros, donde la cabeza domina al corazón.

Sin embargo, encuentro un punto de contacto entre aquella época y ésta; ó sea en las demostraciones del público presenciando la última obra de Galdós.

Con *Carlos II el Hechizado* ocurría lo mismo que con *Electra*, y de igual modo que hoy se dan vivas y mueras en las butacas, antes se gritaba al traidor del

drama, hasta el punto de que el actor solía llevar debajo del traje de fraile el flamante uniforme de miliciano nacional, para mostrarlo cuando las iras populares se desencadenaban en contra suya.

Después de tanto tiempo, Galdós ha sabido despertar en el público su antiguo modo de ser, por obra y gracia de su raro talento y de la oportunidad.

Todo esto resulta muy bien y muy del caso.

Que la gente compre la obra y llene los teatros cuando se representa *Electra*, perfectamente; que aplauda y la comente y hasta que se enardezca su sangre, mejor; y si después de todo esto se consigue algo práctico relacionado con el bien de la sociedad, mejor que mejor.

Pero esto no quiere decir que nos *electricemos* hasta la idiotez, como les está ocurriendo á gran parte de los que se dedican á emborronar cuartillas.

Los poetas cursis han dejado en paz á las flores, al manso río y á la luna y se han agarrado á los jesuítas.

Yo creo que esto le va á traer más daño á la Orden que todos los males que pudieran sobrevenirle.

Las redacciones de los periódicos están atestadas de cosas raras, todas sobre el mismo tema.

En fin, para que tengan ustedes una idea de lo que es esto, les voy á presentar unas *muestras* de composiciones que saco del cesto sin escogerlas:

«Rómpanse las cadenas bronceadas  
que sujetan los miembros varoniles  
y salgan las cuchillas aceradas  
que degüellen contentas á los viles.

»Luzca la hoguera con su luz rojiza  
y su potente llama abrasadora  
venga á ser del retrógrado paliza  
y del liberalismo redentora.

»Rómpanse todo con cañón tremendo;  
caigan las torres, sin dejar ladrillo,  
y aumente la campana el estruendo  
entonando de horror un estribillo.

»Cese la lucha ya, cese la muerte;  
domine al mundo *Electra*, de Galdós;  
y ya que libre, al fin, consiga verte,  
gritad todos conmigo: ¡Viva Dios!»

Digo, me parece que el poeta se las trae en *lata*, como muchos de sus ridículos colegas.

Pues allá va un retazo de una poesía dedicada á una niña de ojos negros:

«Tienes unos ojazos,  
niña bonita,  
negros como sotana  
de jesuita;  
si yo pudiera,  
en tricolor al punto  
los convirtiera.»

Con esta seguidilla se pone de manifiesto que hasta para hacer el amor se enseña la oreja, ó se mete la pata, que es casi igual.

Pero de todos estos versos ningunos como los que copio á continuación, como muestra final:

«Ya no quiero á mi amor,  
ya no quiero á mi padre,  
en fin, que ya no quiero  
á nadie.

»Pero sí quiero á una  
que es superior idea;  
y también quiero á otra:  
á *Electra*.»

¡Dios te perdone, hijo mío,  
y te dé el *pienso* que tanta  
falta te hace!

Pero no vayan ustedes á figurarse que son únicamente los poetas los que la han tomado con la *electricidad*.

Hay más.

Ya he visto corbatas *Electra*, corsés *Electra*, calcetines *Electra*, *Electra*, *Electra*... digo, etc., etc.

Y pásmense ustedes.

Días pasados leí el siguiente anuncio en una tienda de comestibles:

«Queso *Electra* superior y salchichón Galdós.»

Nada, que vivimos en continua *Electra*...

Y no teniendo otras cosas de que *charlar*, me despido de ustedes hasta el jueves que viene, si Dios quiere (con permiso de *Flectra*).

JOAQUÍN ARQUES.



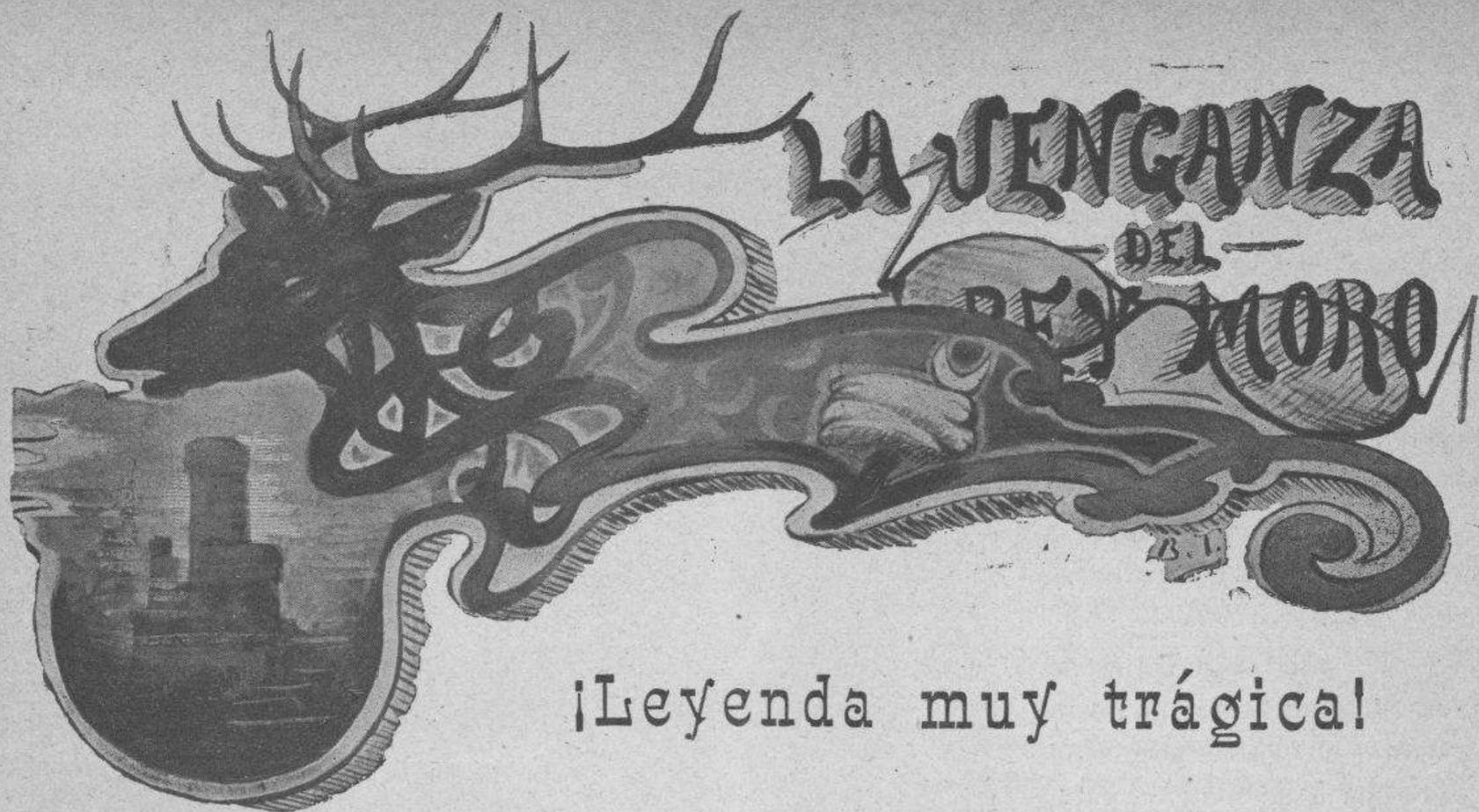
Un traje de carnaval  
que no está del todo mal.

## RIMAS

Al mirarme llorando, se rieron  
los que fueron culpables de mi llanto;  
y como tiene su pudor la pena,  
sequé mis ojos y oculté el quebranto.

Después hice llorar y me temieron;  
cuanto más despreciaba más me amaron;  
deduciendo por triste consecuencia,  
que en el mundo quien vive es el malvado.

R. DEL C.



## ¡Leyenda muy trágica!

En la torre del rey moro  
que plumiza se levanta  
dominando el bosque obscuro -  
con altivez soberana,  
un valeroso cristiano  
llora su perdida calma.  
Cautivo del agareno  
en fiera y ruda batalla,

pasa encerrado las horas,  
los días y las semanas,  
y se entretiene cantando  
peteneras y guarachas.  
¡Pobre capitán Rodríguez,  
no sabes la que te aguarda!  
La favorita del moro,  
la bellísima sultana,  
tiene encendida en el pecho,  
de amor imponente llama,  
y este amor es por Rodríguez,  
por el capitán que canta  
con voz que el vino y la pena  
han tornado acatarrada.  
Zulima, sin miedo al moro,  
ni al sereno, ni á la guardia,  
provista de una ganzúa,  
regalo de una gitana,  
y de un puñal damasquino  
con la punta envenenada,  
á las doce de la noche,  
con linterna y sin las chanclas,  
al calabozo del preso  
se dirige enamorada,  
con intenciones... muy buenas,  
mas para el moro *non santas*.  
La mora, que sus amores  
la tienen algo atontada,  
no ha notado que una sombra  
la sigue á cierta distancia;  
si ella su paso detiene,  
también la sombra se para;  
y si ligera camina,  
la sombra de prisa marcha...  
Es el moro que, celoso,  
sin turbante y con la bata,  
quiere saber si son ciertas  
las sospechas que abrigara.  
De cuando en cuando acaricia  
con la diestra una navaja  
y tira con la siniestra  
de los pelos de la barba.  
Estos moros son terribles  
cuando alguna vez se enfadan.  
Llega Zulima al encierro,



mas la puerta está guardada  
 por carcelero de bronce,  
 más duro que una muralla.  
 Al pronto nada consigue  
 de aquel ogro la sultana;  
 pero con rumbo de reina  
 le da dos pesetas falsas,  
 y se aleja el carcelero  
 á ver á quién se las larga.  
 Pronto se pierden los pasos  
 de aquel hombre en la Alcazaba;  
 saca la infiel la ganzúa,  
 respira luego con ansia,  
 se estira un poco las medias,  
 mira en torno, no ve nada,  
 y, abriendo al punto la puerta,  
 al pobre preso le pasma.  
 —¿Eres visión ó verdugo?  
 ¿Estás en pena ó en gracia?—  
 (Esto lo dice el cristiano  
 sobre su lecho de paja.)  
 —¡Soy la mujer que te adora,  
 la que por ti no descansa,  
 la que de noche no duerme,  
 la que escucha lo que cantas  
 y por ti se ha vuelto loca,  
 más loca que una guitarral!  
 —Pero ¿quién eres? ¡Responde!  
 —Di primero si me amas.  
 —Hace un año, en Albacete,

á una joven di palabra  
 de casamiento.

—¿Qué has dicho?

—Que tengo novia empeñada.

—Pero de fijo á la mía  
 su belleza no se iguala—.

(Aquí ilumina la mora  
 con la linterna su cara,  
 y el capitán, que encerrado  
 está desde fecha larga,  
 sufre un desvanecimiento  
 al ver belleza tan rara,  
 y en los brazos de Zulima  
 se precipita con ansia.)

.....

El moro ruge en la puerta  
 como un toro de Veraguas;  
 mira por la cerradura,  
 muerde el cerrojo con rabia,  
 y, repasando de prisa  
 los bolsillos de la bata,  
 exclama con desaliento  
 y con furia concentrada:  
 —¡Que uno es el preso, lo juro!  
 Pero mi vista no alcanza  
 para ver si ella es Zulima.  
 ¡Maldita sea mi castal...  
 ¡De buena os habéis librado  
 por venirme sin las gafas!

JOTA.



## ELLAS

**C**RUZABA el arroyo recogiendo con garbo la falda, para lucir el rico refajo de blondas de seda y la botinas de charol que inquietas se asomaban entre los vaporosos encajes prendidos con estrechas cintitas de raso azul... Caminaba con movimientos rítmicos de mujer que conoce el valor de sus hechizos, ceñíase la falda mostrando sus curvas limpias, gallardas, duras, de sus veinticuatro años; sonreíase con esa falsa inconsciencia de coquetería que es el arma más temible de una mujer bonita, y espaciaba la mirada á su alrededor á fin de sorprender en la fisonomía de los transeuntes la admiración que despertaba su mágica belleza.. Su majestuoso andar de deidad terrena hacía prorrumpir á los hombres en cerrada granizada de requiebros, los cuales no alteraban en lo más mínimo su estudiada indiferencia...

Pasó junto á mí y me envolvió en un perfume suave que trascendía y llegaba hasta el cerebro, provocando voluptuosas mareas; dejaba, á su paso, una estela de olores, mezcla del tibio perfume de su carne y de la fina esencia de su pañuelo, que excitaba los sentidos y aceleraba la circulación de la sangre.

Varios caballeros seguían con mucho disimulo los pasos de la hetera.

A fuer de hombres circunspectos, no querían comprometerse y se mantenían á prudente distancia. Además, los focos eléctricos de los escaparates inundaban de luz la acera y... el amor siempre gusta de la obscuridad.

Esperaban, pues, el momento propicio, aquel en que la hermosa abandonara la espaciosa calle y se internara por una de las infinitas callejas que cruzan el casco antiguo de la ciudad. Mientras tal cosa sucediese, contentábanse con halagarse la vista.

Yo también me agregué á la escolta de la bella, y lo hice tan sólo por recrearme en la belleza de aquella soberbia mujer, ya que mi posición pecuniaria no me permitía siquiera pensar en la posibilidad de una aventura.

Anduvimos largo rato; ella seguía las calles más céntricas, más iluminadas, más concurridas; parecía que lo hacía de intento; nosotros continuábamos imperturbables en su seguimiento. Mas ya comenzaba á impacientarse la mayoría de los Don Juanes. Cuando llegamos á la plaza de Ca-

taluña, varios Tenorios desistieron de su empresa; en el cruce de la Rambla y de la Gran Vía se separaron tres de los cinco restantes.

Mi rival era uno de esos elegantes con «juego de ojos», que se tienen por irresistibles Adonis; pero «ella» no se daba por entendida.

Al tomar por la calle de Consejo de Ciento, el último Lovelace se dió por vencido, suspiró, puso los ojos en blanco, y desapareció.

La hermosa volvió la cara, extrañada, sin duda, de la notable disminución de pisadas á que ya estaba acostumbrada; visible descontento se pintó en sus facciones.



Con la corona de flores y un báculo superior,

han convertido á esta chica en la reina del amor.

«—La ocasión la pintan calva,—me dije,—y hemos de aprovecharla.»

—Señorita,—añadí, al propio tiempo que, sombrero en mano, me ponía á su lado;—permítame decirla, que sus admiradores han tenido el pésimo gusto de no seguir admirando, como yo, su soberana hermosura... Se habrán dicho: «Esta ha de vivir muy lejos, por lo visto.» Y unos cuantos cientos de metros más ó menos han sido suficientes para que se declararan en abierta derrota. No lo tome usted á desaire: no ha sido un desprecio; pero, seguramente, poco confiados de sus prendas personales (es una suposición), no querrian exponerse á gastar la suela de los zapatos en balde, y aunque no desistirán para siempre de saber su domicilio de usted, aguardarán mejor ocasión, de seguro...

—Gracias por todas esas noticias que en nada me interesan; pero le suplico se aleje de mi lado.

—Ya me esperaba ese zarpazo: las gaticas (perdone el modo de señalar), cuando acarician rasguñan. No quiero que me juzgue usted pretencioso; pero es seguro que yo le soy á usted menos antipático que hace un momento.

—Hágame el favor: retírese usted.

—¿Sin obtener respuesta á mi pregunta? No me ponga en el caso de llamarla malcriada...

—Mire que estoy muy cerca de casa y nos pueden ver.

—¡Ah! Ese *nos* se lo agradezco en el alma. Y dígame, si no es indiscreción: ¿quién es ese ogro que la amedrenta á usted?

—... (Se ruboriza.)

—¡Si fuera marido, se comportaría de modo distinto!

—¡Pero, Dios mío, váyase!

—La acompañaré hasta el portal de su casa.

—Ya llegamos; es aquí. ¡Adiós!

—Subo detrás... no se vaya usted á caer en la escalera...

Ella iba delante subiendo á toda prisa; de cuando en cuando volvía la cabecita y me miraba asustada. Yo continuaba escalera arriba, sin hacer caso de su angustia.

Detúvose en el segundo piso, y con verdadera ansiedad me dijo:

—¡Se lo ruego, caballero; por favor se lo pido!... ¡no me comprometa usted! ¡Márchese!

—Si me da un beso; nadie la verá.

—Pues llamaré á la portera; pediré auxilio.

—Le advierto que sería usted quien perdería, porque su... marido se impondrá de todo y creará que usted me ha autorizado...

—¡Qué desesperación de hombre! ¿Qué hacer?

—¡Darme el beso!

—¡Pero uno solo... y márchese!

—Bien.

—¡Así! Ahora me voy... y hasta mañana á las diez y ocho (hora oficial).

—... (Se sonríe.)

—Oye, nena: ¿cómo te llamas?

—Lola.

—¿Nombre de guerra?

—No; de pila. ¡Abur!



Sin vestido, á la ventana se ha asomado la imprudente, sin miedo á las pulmonías ni á los vecinos de enfrente.

# BACNAL

A mi querido amigo J. González Pinto

Ya la noche ha descogido su estrellada colgadura  
y la luna se comienza por el éter á elevar;  
ya las aves en sus nidos de la fértil espesura  
se albergaron suspendiendo su melódico cantar.

No se escuchan esos vagos ecos tristes con que el viento  
gime á veces en las selvas ó suspira sobre el mar;  
sólo un aurá imperceptible mueve apenas con su aliento  
de los árboles las hojas por entre ellas al pasar.

Esa hermosa calma reina en que el triste pecho olvida  
las mortales inquietudes de sus horas de dolor;  
esa calma del reposo, grande, angusta, que convida  
á gozar de las ternuras voluptuosas del amor.

Mas ¿qué gárrula lejana de instrumentos discordantes,  
qué rumores, y qué gritos, y qué estrépito infernal  
de revueltas y agitadas multitudes delirantes  
á turbar vienen por grados el silencio nocturnal?

En el bosque misterioso por las Náyades morado  
se levanta un dios de piedra sobre recio pedestal;  
ciñen pámpanos sus sienes y ase el tirso engalanado  
con las rosas más lozanas y fragantes del rosal.

A los pies de esta escultura, con esmero cincelada,  
un altar se ve, que acaso no le cede á ella en primor;  
viva hoguera arde en su centro, por la leña alimentada,  
é ilumina el bosque oscuro con rojizo resplandor.

Y se acercan conducidos entre horrible vocerío  
por mancebos y bacantes, mansos bueyes al altar;

cien cuchillos caen sobre ellos y de sangre mana un río,  
y mugir se oyen las reses con angustia al expirar.

Y á la par de los vellones caprichosos de la nube  
de humo denso que se escapa de la leña en combustión,  
de la sangre el vapor rojo frente al dios de piedra sube  
á perderse en el ambiente con ligera oscilación.

Dando gritos estentóreos y desnudas cien bacantes  
van los címbalos y sistros resonando por doquier;  
otras, sueltos los cabellos y lascivos los semblantes,  
á las danzas erapulosas se abandonan con placer.

Unas cantan sobre el césped esponjoso recostadas  
porque el lánguido mareo de la orgía las rindió;  
otras danse á la carrera, por el vértigo impulsadas,  
con antorchas en las manos que la fiebre les crispó.

Disfrazados de silenos y de sátiros, sus huellas  
ebrios siguen los mancebos en nutrida agrupación,  
y se entregan, delirantes y convulsos como ellas,  
á los brusecos arrebatos de su ardiente exaltación.

Y á las locas carcajadas de la histérica bacante,  
á sus gritos, á sus cantos, á su estrépito febril,  
de sus címbalos y sistros al acento discordante,  
se une el ruido y algazara de la turba varonil.

Y las cráteras se llenan de espumoso y dulce vino  
que rebosa chispeante con inquieta ebullición,  
y lo apuran ellos y ellas repitiendo de continuo,  
en su sed inextinguible, la embriagante libación.

Ciñen brazos varoniles tersas carnes sonrosadas  
que se agitan sudorosas con nervioso palpitar,  
y reemplaza á los aullidos, cantos, bulla y carcajadas,  
el rumor que hacen los labios con los labios al chocar.

En las alas de la brisa por el bosque misterioso  
se deslizan los instantes más augustos del placer,  
y en su pos, con vuelo torpe, llega el sueño perezoso  
las conciencias y los cuerpos con su soplo á adormecer.

Ya la luna tras las cumbres de la sierra se ha ocultado.  
De la tierra se desprende soporífero vapor.  
En el bosque misterioso por las Náyades morado  
no se escucha ya ni el ruido de un insecto volador.

POLICARPO ALVAREZ.

B. Tullot

PAGINA ARTISTICA



La Saeta

DOS CABEZAS DURAS

[(Copia del cuadro de L. Giralt.)

# CARA Y CRUZ

**Q**UÉ agradable le pareció el encuentro con Adelina á mi amigo Trinitario Aranda!

Hacía bastantes días que estaba impaciente por conocer la misteriosa habitante del lindo chalet del Arroyo.

Trinitario había ido á pasar el mes de Agosto á la modesta casa de campo donde naciera, y de la que era propietario único, desde la muerte de sus padres, ocurrida tres años antes.

Como hacía tiempo que faltaba de su pueblo, encontróse muy cambiado todo aquello.

Algunas casas se habían derruido, y en puntos donde antes no existía edificación alguna, habíanse levantado preciosos chalets, residencia veraniega de varios propietarios que habitaban en la corte.

Entre aquéllos, habíase construido uno junto á un riachuelo que iba á depositar su pequeño caudal en el río inmediato.

Una preciosa escalinata llegaba desde el inmueble al arroyo, sin perjuicio de la entrada principal que tenía por el lado opuesto, en medio de un frondoso jardín.

¿Quién habitaba aquel chalet? ¿Quién era su propietario?

Unos decían que era un joven aristócrata que casi siempre estaba en París.

Otros, que le había hecho construir un inglés muy rico, que no llegó á disfrutarle porque murió de esplen á los dos meses de terminado.

Y, finalmente, la mayoría opinaba que, era la propietaria, la dama que le ocupaba á la sazón, joven ella, hermosa ella, y rica, sin duda, pues poseía aquella finca de recreo y sostenía cinco

ó seis criados, dos carruajes, tres caballos de tiro y dos de silla.

Trinitario, al enterarse de todo esto, experimentó vivísimos deseos de conocer á la hermosa dueña del chalet.

Pero su empeño resultó inútil, porque la dama misteriosa apenas si se dejaba ver.

El joven rondaba sin cesar por los alrededores de la finca; pero ni

la dueña se mostraba en los balcones, ni la veía pasear por el jardín, ni la encontraba cuando le decían que se la había visto á caballo lejos de allí.

Profundamente contrariado, recorría una mañana la margen del arroyo que servía de límite al chalet, cuando de repente, descendiendo por la escalinata y saltando de piedra en piedra para no mojarse los pies, mostróse á sus ojos la encantadora habitante de la quinta.

Trinitario no la conocía; pero por las descripciones que le hicieron de su belleza, y más por haberla visto bajar por la escalera del edificio, supuso que era ella.

El joven quedó deslumbrado.

Para evitar que el agua mojara su vestido, recogióse la falda, muy ajena de que nadie pudiera verla, y mostraba á los admirados ojos de mi amigo una pierna tan soberanamente modelada, que hacía adivinar las perfecciones escultóricas del resto.

Trinitario no pudo menos de lanzar una exclamación de agradable sorpresa, que obligó á Adelina á levantar la cabeza.

Al verle, una adorable confusión se dibujó en su semblante, y, en su aturdimiento, tropezó con una piedra, y tal vez hubiera caído en el



## La Saeta

arroyo, á no acudir tan pronto Trinitario, que pudo sostenerla.

¡Pobre amigo mío! ¡Cuánto más le hubiera valido no haber ido aquella tarde á pasear por la margen del arroyo!

No podía adivinar que Adelina, como todas las medallas, tenía anverso y reverso, cara y cruz.

En aquellos momentos sólo veía la cara, y estaba fascinado, enloquecido.

Adelina se había hecho daño en un pie y tuvo necesidad de apoyarse en su brazo, y el dulce calor de aquel cuerpo, lo que momentos antes había visto y que le hacía presumir lo que no viera, producían un efecto tal en Trinitario, que si el espacio que hubieron de recorrer para llegar al lindo gabinete de Adelina hubiera sido más largo, el que tropieza y cae, fuera él, indudablemente.

Pero si no cayó aquel día, cayó pocos después.

Las entrevistas se repitieron, la medalla todavía estaba de cara, é inútil es decir que Trinitario no era tonto para desaprovechar aventura tan deliciosa.

Esta situación se prolongó algunos meses.

Pero llegó el invierno, Adelina regresó á la corte y Trinitario con ella.

El período álgido había pasado ya; pero, sin embargo, algo quedaba todavía.

Llegó el Carnaval. Adelina quiso asistir á un baile al Teatro Real.

Pero mi amigo se opuso á ello.

Hubo lloros, reconvenciones, súplicas; pero todo fué inútil. Trinitario se mantuvo inflexible.

Adelina hubo de resignarse.

El día siguiente, el joven quiso sorprender á su amada antes de que abandonase el lecho.

Llegó á su casa, entró andando de puntillas hasta aquel mismo gabinete, mudo testigo de tantas escenas de amor, y apenas abrió la puerta, quedóse inmóvil de sorpresa.

La medalla mostraba el reverso. Antes había enseñado la cara; entonces mostraba la cruz.

Adelina, con el calzón Vallière del traje con que había ido al baile la noche anterior, estaba asomada á la ventana de su estancia, sosteniendo animada conversación con el vecino de enfrente.

Trinitario pudo comprender, por las palabras que escuchó, que aquel vecino había sido su compañero de baile.

Tan abstraída estaba Adelina en su conversación, que no advirtió la llegada de Trinitario.

Este, había oído lo suficiente y visto lo bastante, y salió nuevamente sin hacer el menor ruido.

.....  
Dos días más tarde, me encontré á Trinitario, á quien hacía tiempo que no había visto.

—¡Chico!—le dije.—  
¿De dónde sales?

—¡Calla, hombre!—  
me contestó.—He estado jugando á cara y cruz.

—¿Qué quieres decir?  
—le pregunté, sorprendido.

—Que he estado jugando á cara y cruz.

—Pero ¿has ganado?

—Al principio sí. Vi

la cara constantemente y esto me hizo aficionarme al juego; pero...

—¿Qué?

—Que llegó el día de la contraria, vi la cruz y perdí.

C.

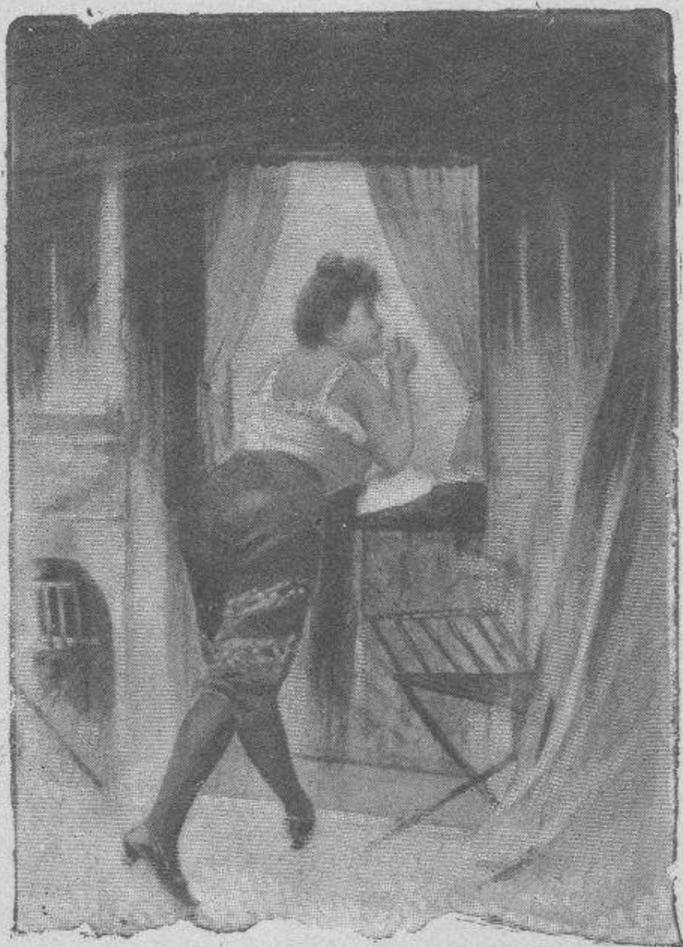
---

## LAS ESTRELLAS

Ratos de melancólica dulzura  
siento al tenderse de la noche el velo,  
cuando miro, con plácida ternura,  
la falange estelar que adorna el cielo.

Y al ver á las estrellas  
con leve parpadeo titilando,  
parece que por ellas  
las pupilas de Dios me están mirando.

A. SERRA CUBELLS.



## NUBECILLAS

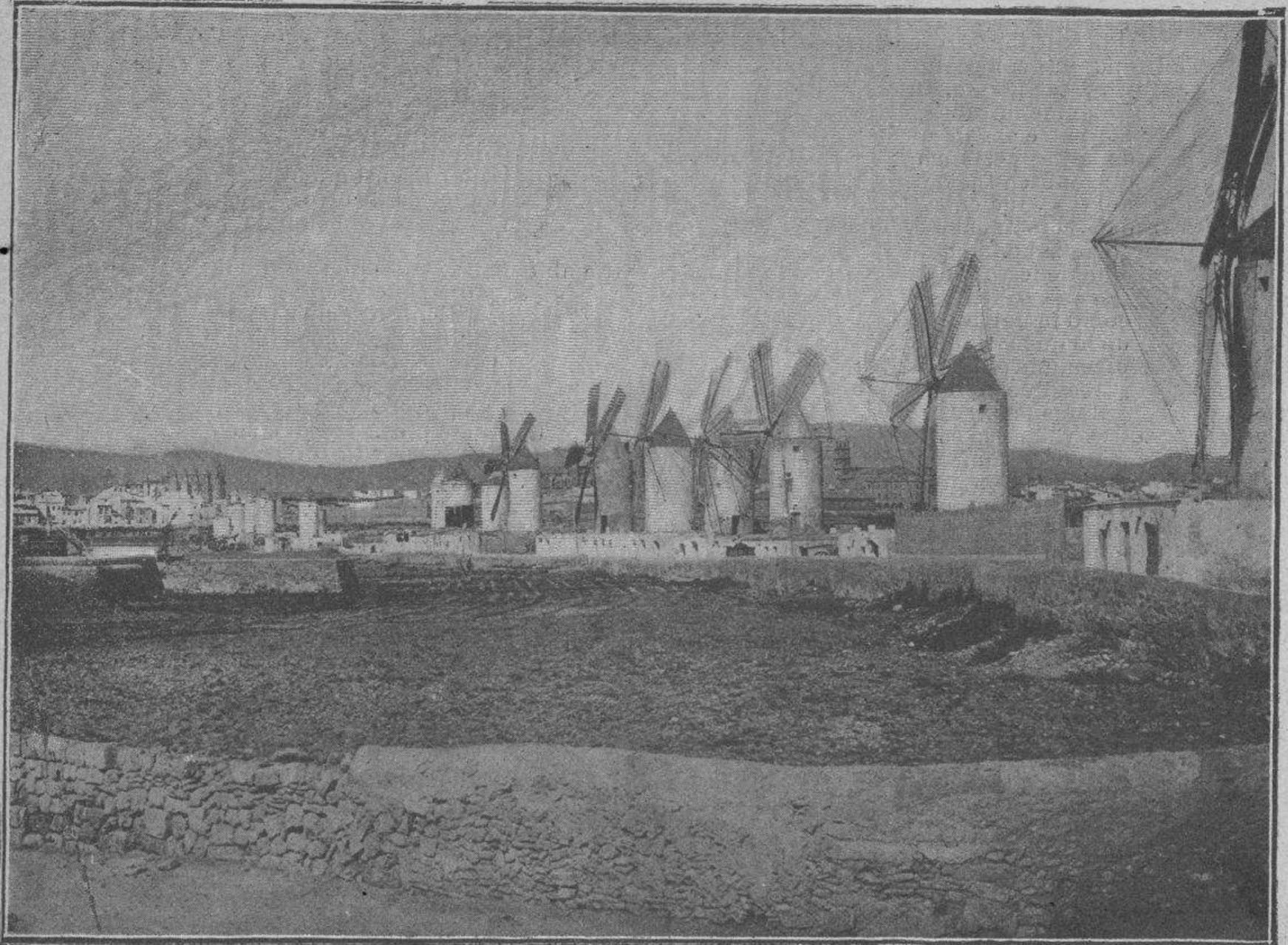
¿Por qué lloras, dime?  
 ¿Por qué tus pupilas con el llanto empañas?  
 ¿Por qué no me miras  
 como me mirabas,  
 por entre el celaje  
 de largas pestañas  
 que cubren tus ojos,  
 negros y lucientes,  
 dulces y serenos como noche diáfana?  
 ¿Es que no me quieres?...  
 Di entonces qué tienes, ¿por qué estás callada?...  
 ¿Es que no te fías  
 como te fiabas  
 de lo que á tu oído  
 dicen mis palabras?  
 ¿Crees que yo te engaño  
 y lloras por eso,  
 ¡por eso sufres y por eso callas?  
 No llores, muñeca.  
 Te quiero lo mismo, ¡aun más que te amaba!  
 Con el mismo fuego,  
 con las mismas ansias,  
 con las mismas dudas,  
 terribles, amargas...  
 Lo mismo que siempre,  
 con todo mi ser,  
 ¡más que á mi existencia, con toda mi alma!  
 No llores, que siento  
 mil ideas atroces que mi mente asaltan,  
 y al ver que así lloras  
 pienso que me engañas,  
 y tengo ya celos  
 hasta de tus lágrimas,  
 y veo en cada gota  
 que surca tu rostro  
 ¡cosas muy crueles, cosas que me espantan!

¡Y en ellas presiento  
 yo no sé qué engaños, yo no sé qué infamias,  
 y que todo el llanto  
 que tú ahora derramas,  
 y los mil suspiros  
 que tristes exhalas,  
 son tu pensamiento  
 en busca de otro,  
 de otro que tu quieres y á su lado marchas!  
 ¡Y me desespero,  
 y tiemblo de ira, y tiemblo de rabia,  
 y creo que ya el mundo  
 para mí se acaba,  
 y laten mis sienas...!  
 Mas perdona... Calla,  
 no llores, muñeca.  
 ¿No ves cómo sufro?  
 ¡Si sé que me quieres, si sé que me amas!  
 Yo sufro y tú sufres.  
 ¡No llores, mi vida, alma de mi alma!  
 Cesa ya en tu llanto;  
 enjuga tus lágrimas;  
 mírame de nuevo  
 como me mirabas,  
 así... sonriente,  
 con tus ojos negros,  
 negros y tranquilos,  
 negros cual las penas que mi dicha amargan,  
 cuando así te pones,  
 cuando te entristeces por gusto, por nada,  
 cuando tus mejillas  
 con el llanto empapas,  
 cuando tú no quieres  
 que yo vea la gloria  
 que ocultan con mimo tus largas pestañas.

ANGEL MOLERO CASTILLO.



BALEARES.— SÓLLER.—PUENTE DE LA PLAZA



PALMA DE MALLORCA: —LOS MOLINOS

## RÁPIDA

**Y**o fui á ti con todos los entusiasmos de la juventud y todas las energías del amor.

Buscaba en tu cariño la conclusión de mis vacilaciones y mis penas, el comienzo de mi verdadera dicha, aquello que con santos anhelos se desea, todo lo que como redentor y saludable se mira...

Tú no comprendiste la inmensidad de mi pasión sincera ó te cansó la constancia con que te la ofrecía, y pagaste con desdén mi firmeza y con ingratitud mi fidelidad ejemplarísima.

No es extraño que me sorprenda tu conducta inesperada.

Con lamentar tu desvío me conformo y ni aun me permito censurar tu proceder y vituperar tus actos.

Cada cual obra con arreglo á respetables convicciones, y yo quizá valga bien poco para aspirar á ser el dueño de tu albedrío.

Si así fué, tu decisión respeto y sumiso la acato.

No entra en mí la soberbia ni conozco el orgullo; mi mezquindad comprendo y que no soy merecedor de señalados privilegios declaro.

Pero si nada soy, si nada valgo, la grandeza de mi amor era notoria, y la grandeza de un amor todo lo vale.

No obraste cuerdamente al despreciar el mío.

Ninguno has de encontrar que al que no comprendiste pueda igualarse.

No fuiste justa.

FERNANDO FRANCO.

# Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Lidia, La Caza Ilustrada, Arte y Letras, y Heraldo Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

## COCINA CÓMICA

### Comida sana

Primero, la rica sopa  
y tortilla de jamón;  
después sabroso filete,  
cuanto más crudo mejor;  
merluza á la *mayonesa*,  
pastel á la *perigot*,  
pollo asado y ensalada,  
helado del superior,  
vinos, Burdeos ó Rhin,  
y hasta Cepa de Maçon.  
Jamón en dulce, *Champagne*,  
fruta, dulce, café, ron...  
Y cuando traigan la cuenta  
la vuelves al mostrador,  
que de fijo es el fondista  
quien tendrá la indigestión.

J. A.

LOS DIENTES MOVIBLES impiden masticar y saborear los alimentos, aun los más blandos, privándose la gastronomía del agradable placer de la insalibación y la salud de tan importante función digestiva. Véncese esto con el *Licor del Polo*, el más higiénico, agradable y barato dentífrico; pues el que lo usa jamás sufre de la dentadura.

Una célebre *horizontal* tuvo que hacer almoneda de los valiosos objetos que sus amantes le habían dado á cambio de sus caricias y sus concesiones.

Varias señoras se quejaban de que todo se vendía á precios muy elevados.

—Comprendo,—dijo la *cocotte*;—estas señoras querían dar por todo exactamente lo que yo he dado.

Un abogado muy avaricioso tiene que promover un pleito por su cuenta.

—¿Te ocuparás mucho de él?—le dice su esposa.

—No, voy á confiárselo á un colega.

—¿Por qué?

—Porque trabaja más barato que yo.

LA «SACARINA», el «Salol» y el «Acido salicilico» que contiene un dentífrico alemán, son absolutamente nocivos al esmalte dentario y uno de ellos expuesto á envenenamientos. El *Licor del Polo* carece de substancias tan perjudiciales y se compone solamente de vegetales, todos ellos completamente saludables y eficacísimos para los dientes y encías, á los que conserva sanos y entonadas.

Una compañía de cómicos de la legua anunció la representación de cierto drama, cuyo asunto era la vida y milagros de un bandido. Había su correspondiente comparsa de facinerosos, y el cartel decía:

«Los papeles de ladrones serán desempeñados por algunos aficionados de este pueblo.»

La casa conocida de José Dammann, de Hamburgo, nos informa que la nueva **Lotería de Hamburgo**, va á empezar dentro de poco. La suerte de ganar en la misma, siendo muy importante, ofrézcase la mano á la fortuna en la casa de José Dammann. Esta casa, establecida desde 1851, se ha hecho acreedora á reconocimiento por sus pronto pagos de los premios y su puntualidad.

Acompañamos prospecto de la dicha Lotería en la edición actual.

Prospectos gratis y francos á quien los pida.

Entre bohemios:

—¿Dónde comes hoy?

—En ninguna parte. Hoy no como. ¿Y tú?

—Yo tampoco.

—Pues vamos á dar un paseo. Hoy no comeremos juntos.

NO ES MÉRITO COMPETIR géneros de pacotilla sino abaratar los superiores como el Agua de Colonia de Orive. Frascos desde 3 rs.; litro hasta 4 ptas. Perfumerías.

### Jeroglífico

DunCRTRogolPDM  
HTMatauNNMigo

JUAN TALLADA.



La molinera dudaba todavía; pero consintió, sin embargo, porque comprendió que era el solo medio de impedir que Bautista dejara el molino.

A esta respuesta inesperada, el alguacil se levantó de su silla y empujó con mal humor la pila del agua bendita, de cobre, que el monaguillo había colocado distraídamente junto al jarro de sidra.

—¡Cuidado, señor Mouflet,—le dijo Baby, riéndose;—ved que os vais á quemar los dedos!

—¡Bribona!...—dijo el alguacil á la niña, que se alejó corriendo.

—¡Sois una avispa sin aguijón, señor mío!—le dijo Belamí.

—Recogeos, hijos míos,—dijo el cura;—pensad que acaba de morir uno de los ancianos de la aldea; por lo tanto, idos á descansar, para que á las cuatro de la mañana esté todo el mundo en la iglesia cuando el maestro de escuela toque el *Angelus*.

—Voy á acompañaros, señor cura,—dijo Bautista.

—No; yo le acompañaré,—dijo Belamí con su voz de bajo.

Y en seguida le dijo á Bautista en voz baja:

—No quiero que pase sola por el estanque de la encina verde, porque es el camino que han de tomar el alguacil y su escribiente.

—Buenas noches, amigos míos,—repuso nuevamente el buen cura, haciendo resonar el pavimento al choque de sus zapatos.

Y dió la señal de marcha al monaguillo, que le precedía con la pila del agua bendita en una mano y con un farol en la otra.

—Buenas noches, señor cura,—repitieron todos á la vez.

Pero el buen hombre se detuvo, y, volviéndose hacia Baby, le dijo:

—El domingo recibirás la comunión, hija mía; pues aunque no sabes aún correctamente el catecismo, mereces una recompensa.

Y apenas había pronunciado estas palabras, salió paso á paso, mientras Belamí le miraba algo incomodado, porque hubiera querido que se apoyara en su brazo.

—¡Cuando decía yo que el padre tenía un ojo en el cogote, no me engañaba!—le dijo Gay al guarda campestre.

—¡Alguien me ha jugado una mala pasada mientras me he dormido!—repuso el padre Javelle, más preocupado de la sangre de cerdo que había desaparecido de la sartén, que de la observación que le hizo Gay sobre la perspicacia del cura.

—¿Buscáis vuestra tortilla?—le dijo Baby al guarda campestre, sonriéndose.—Pues está en el vientre de *Parpailot*.

—¡Ah ladrón, ya me la pagarás!—repuso Javelle, enseñando el puño cerrado.

—¿En dónde está *Parpailot*?—dijo Gay, que principió á silbar para llamar al perro.

—El prudente *Parpailot* no quiere pagar el importe de su cena,—dijo Daniel,—y sin duda se habrá vuelto al castillo; tomemos, pues, el mismo camino que él, porque ni Clementí ni Collinet vendrán á buscarnos aquí, y como se hace tarde, debemos apresurarnos para no faltar á la hora de comer, que no deberá faltar mucho.

—¡Ahora que todos van á reir y á comer nos vamos! ¡Eso es triste, señor, muy triste!

—¿Cómo á reir?—contestó Daniel con sorpresa.—¿Reir, cuando aun tengo los ojos llenos de lágrimas, por haber visto á Antonieta pedir compasión de rodillas y llorando á la molinera? Es verdad que nadie ha llorado al saber la muerte del avaro, de ese mal corazón, cuyos armarios van á desocupar alegremente antes que caiga su hediondo cuerpo en la fosa.

—Y esa sangre apenas cuajada y que chirrea en la sartén,—dijo Gay, aspirando fuertemente el aire cargado por las emanaciones culinarias,—¿no prueba que todos han reído á la muerte del cerdo?

—¡Ah, Gay! ¿Olvidas á la pequeña Baby?

—Es verdad,—repuso el guarda, sonriéndose;—nadie ha llorado á ese avaro del infierno; pero Baby no ha dejado de hacerlo cuando han degollado al cerdo que llevaba todos los días á paseo.

El patio del molino estaba lleno de carretas que llevaban los sacos de grano para la molienda.

—Buenas noches, señor Gay. ¿Cómo va?—le decían los campesinos al guarda, que les contestaba con dignidad:

(Continuará.)

M. ASSARDON.



De D. Emilio Porset, para anuncio de corridas de toros  
(núm. 334 del catálogo)



20 cénts.

Núm. 546

# UNA PARTIDA DE CAZA

(CONTINUACIÓN)

—Bien, señores, muy bien. Buenas noches, amigos míos.

Y luego añadió:

—¿Habéis visto á mi perro caminando hacia el castillo?

—No, señor Gay,—le contestaron á una voz.—Sin embargo, le conocemos tan bien, que no se nos hubiera despintado si hubiera pasado junto á nosotros.

A la mitad de la cuesta que subían el guarda y Daniel, encontraron á una campesina, ya de edad, que guiaba un burro cargado de trigo. Gay sabía que era algo sorda, y le gritó:

—¡Eh, abuela! ¿Habéis visto á *Parpaillot* por el camino?

—¿Vuestro perro?—respondió la vieja, continuando su marcha sin levantar la cabeza.—Sí, señor: le he visto en la encrucijada de la cruz, y aunque era muy oscuro, le he reconocido, porque un hombre que seguramente no era del país, le llevaba atado con una cuerda; y como el perro no quería seguir, iba tirando de él.

—¿Hacia dónde se han dirigido?—le preguntó el guarda, siguiendo á la vieja.

—Tomaron por el sendero que va al estanque de la Encina Verde,—le contestó la labriega, indicando el camino con la mano, en la cual llevaba una vara, mientras aligeraba el paso para alcanzar al borrico, que se había adelantado.

—¡Alguna picardía de ese maldito Mouflet hay en esto!—le dijo Gay á Daniel.—Porque si bien él va á caballo, su comensal va á pie. ¡Ah! ¿Eres tú, Javelle?—preguntó el guarda á un bulto que se adelantaba á ellos en la sombra y que Daniel no había apercibido.

—Sí; pero vamos pronto al estanque, porque, como tú, acabo de saber que á *Parpaillot* lo había atado detrás de una cerca el escribiente del alguacil.

—¡Cuando os decía que ese corchete del infierno quería hacerme una jugarreta...!—le dijo Gay á Daniel.

Y luego añadió:

—He aquí dos senderos: Javelle, baja tú por el de la izquierda y el caballero Daniel y yo tomaremos por la derecha, y veremos á ver si se nos escapan los ladrones.

—¡No les temo á los dos juntos!—dijo el guarda campestre en voz baja, tomando al mismo tiempo el camino que le había indicado su amigo.

—El primero que llegue al estanque esperará al otro,—repuso el guarda.

Pero ya Javelle estaba lejos; y cuando Daniel y Gay llegaron al estanque, apercibieron, á la claridad de la luna, al padre Javelle que venía hacia ellos.

—¿No los has visto?—dijo Gay, apoyando la culata de su escopeta en el suelo.

—¿Ni tú tampoco?—repuso el guarda campestre, admirado.—Pues ¿por dónde diablos se han metido?

Y se puso á mirar por todas partes.

### III

#### «Parpaillot» devuelve bien por mal

La mayor tranquilidad reinaba en aquel sitio. La dulce claridad de la luna iluminaba el estanque, y apenas un ligero soplo de aire rizaba la superficie de las aguas, que se extendían en lontananza bajo los bosques. Las gigantescas encinas inclinaban sus ramas sobre el estanque, y su sombra proyectaba en él como un marco de ébano alrededor de un espejo.

Ya principiaba Gay á irritarse por no encontrar al alguacil y á su escribiente, cuando Javelle, que con más calma había registrado los escondrijos, corrió, diciendo:

—A cincuenta pasos de aquí he encontrado el caballo de Mouflet atado á un árbol.

—Entonces no están lejos,—dijo Gay.—Busquemos prontamente.

—¡Allí están!—dijo Daniel, extendiendo la mano hacia el estanque.